

Why the Traditional Rite Is Beautiful—and Why We Need This Beauty

Dr. Peter Kwasniewski

When as a young man I first heard the famous quotation of Fr. Frederick Faber—“the Mass is the most beautiful thing this side of heaven”—I remember thinking it was exaggerated Victorian sentimentality. It did not fit my experience growing up in a suburban American parish. The Mass as I had encountered it did not have the celestial and transcendent character that would call forth Fr. Faber’s judgment. But then came the unexpected discovery of the traditional Latin Mass—the one about which Fr. Faber was writing—and, with years of experience, I came to see that he was, and is, absolutely correct.

It was this traditional Mass that his contemporary St. John Henry Newman praised in such lofty terms: “I declare...to me nothing is so consoling, so piercing, so thrilling, so overcoming as the Mass, said as it is among us. I could attend Mass forever and not be tired. It is not a mere form of words—it is a great action, the greatest action that can be on earth. It is, not the invocation merely, but, if I dare use the word, the evocation of the Eternal. He becomes present on the altar in flesh and blood, before whom angels bow and devils tremble. This is that awful event which is the scope, and is the interpretation, of every part of the solemnity.”

The contrast here is illuminating. A Protestant liturgy “invokes” the Eternal—it names it, calls upon it, perhaps exalts it in fine language—but it does not “*evoke*” it, that is, bring it forth, summon us into its presence, immerse us in it. Invocation is more active: it is something *we do*, looking for future results. Evocation is more passive: it is something *done* that we fall into; a certain *presence* of the Eternal is the present result. This “greatest action that can be on earth” is clothed in majesty and beauty.

But what is beauty? St. Thomas Aquinas teaches that beauty arises from three properties when they are present together: integrity or wholeness, due proportion or harmony, and brightness or clarity of form. The Latin Mass has these three properties in abundance. Beauty “happens” whenever there is

Por qué es bello el rito tradicional, y por qué necesitamos esta belleza

Dr. Peter Kwasniewski

Cuando era joven y escuché por primera vez la famosa cita del padre Frederick Faber —«la misa es lo más bello que hay a este lado del Cielo»—, recuerdo que pensé que era un sentimentalismo victoriano exagerado. No encajaba con mi experiencia de haber crecido en una parroquia suburbana estadounidense. La misa tal y como yo la había conocido no tenía el carácter celestial y trascendente que suscitó en el padre Faber esas palabras. Pero más tarde, y de forma totalmente inesperada, descubrí la misa tradicional en latín, aquella sobre la que escribía el padre Faber; y con los años, por experiencia, llegué a comprender que él tenía, y tiene, toda la razón.

Fue esta misa tradicional la que su contemporáneo San John Henry Newman elogió en términos tan elevados: «Declaro que [...] para mí nada es tan reconfortante, tan conmovedor, tan emocionante, tan sobrecogedor como la misa tal y como se celebra entre nosotros. Podría asistir a misas eternamente sin cansarme. No es una mera forma de palabras: es una gran acción, la mayor acción que puede haber en la tierra. No es una simple invocación, sino, si me atrevo a usar la palabra, la evocación de lo Eterno. Él se hace presente en el altar en carne y sangre, ante quien se inclinan los ángeles y tiemblan los demonios. Este es el acontecimiento terrible que es la trascendencia y la interpretación de cada parte de la solemnidad».

El contraste aquí es esclarecedor. Una liturgia protestante «invoca» al Eterno: lo nombra, lo llama, tal vez lo exalta con un lenguaje refinado, pero no lo «*evoca*», es decir, no lo hace presente, no nos convoca a su presencia, no nos sumerge en él. La invocación es más activa: es algo que *nosotros hacemos*, buscando resultados futuros. En cambio, la evocación es más pasiva: es algo *hecho* en lo que nosotros entramos; el resultado presente es una cierta *presencia* de lo Eterno. Esta «la mayor acción que puede haber en la tierra» está revestida de majestad y de belleza.

Pero, ¿qué es la belleza? Santo Tomás de Aquino enseña que la belleza surge de tres propiedades cuando están presentes juntas: integridad o totalidad, proporción adecuada o armonía, y brillo o claridad de forma. La misa en latín tiene estas tres propiedades en abundancia. La belleza «surge»

great <i>clarity</i> about <i>what a thing is</i>. The sights and sounds of the traditional liturgy attract us because they make the reality of the Mass, the Sacrifice of the Cross, stand forth with a satisfying clarity. The surface qualities (or “accidents”) so harmonize with the nature of the mystery that the result is <i>veritatis splendor</i>, the splendor of the truth.	siempre que hay una gran <i>claridad</i> sobre <i>lo que una cosa es</i>. Lo que vemos y lo que oímos en la liturgia tradicional nos atrae porque hace que la realidad de la misa, el sacrificio de la cruz, sobresalga con una claridad que nos sacia. Las cualidades superficiales (o «accidentes») armonizan tan bien con la naturaleza del misterio que el resultado es <i>veritatis splendor</i>, el esplendor de la verdad.
A great Benedictine monk of the twentieth century, Dom Gerard Calvet, founder of the flourishing monastery of Le Barroux in France, offers the perfect commentary on this concept. He says: “One enters the Church by two doors: the door of the intelligence and the door of beauty. The narrow door... is that of intelligence; it is open to intellectuals and scholars. The wider door is that of beauty. ...	Un gran monje benedictino del siglo XX, Dom Gerard Calvet, fundador del floreciente monasterio de Le Barroux en Francia, ofrece el comentario perfecto sobre este concepto. Dice: «Se entra en la Iglesia por dos puertas: la puerta de la inteligencia y la puerta de la belleza. La puerta estrecha... es la de la inteligencia; está abierta a los intelectuales y a los eruditos. La puerta más ancha es la de la belleza...».
“The Church in her impenetrable mystery... has need of an earthly epiphany accessible to all: this is the majesty of her temples, the splendour of her liturgy and the sweetness of her chants.... More than anything else [the beauty of the liturgy] deserves to be called ‘the splendour of the truth.’ It opens to the small and the great alike the treasures of its magnificence: the beauty of psalmody, sacred chants and texts, candles, harmony of movement and dignity of bearing. With sovereign art the liturgy exercises a truly seductive influence on souls, whom it touches directly, even before the spirit perceives its influence.”	«La Iglesia, en su misterio impenetrable, necesita una epifanía (manifestación, aparición o revelación) terrenal que sea accesible a todos: esta epifanía es la majestad de sus templos, el esplendor de su liturgia y la dulzura de sus cantos... Más que ninguna otra cosa, [la belleza de la liturgia] merece ser llamada «el esplendor de la verdad». Abre a pequeños y a grandes los tesoros de su magnificencia: la belleza de la salmodia, los textos y cantos sagrados, las velas, la armonía de los movimientos y la dignidad de los gestos. Con arte soberano, la liturgia ejerce una influencia verdaderamente atrayente sobre las almas, a las que toca directamente, incluso antes de que el espíritu perciba su influencia».
For men as body-soul composites, for Christians as disciples of the Word-made-flesh, there must be <i>both</i> elements: the truth <i>and</i> the splendor. It’s not enough merely to <i>know</i> that certain things are true, or to be <i>told</i> that they are true; we need somehow to <i>see and hear</i> convincing presentations of them.	Para los hombres, como seres compuestos de cuerpo y alma, y para los cristianos, como discípulos del Verbo encarnado, deben estar presentes <i>ambos</i> elementos: la verdad y el esplendor. No nos basta con <i>saber</i> que ciertas cosas son verdaderas, ni con que se nos <i>diga</i> que son verdaderas; necesitamos de alguna manera <i>ver y oír</i> representaciones convincentes de ellas.
The traditional Western liturgy developed over the course of three millennia (if we include the Jewish antecedents, as we should); it was received, adorned, prayed, and transmitted by countless holy souls. This is why we experience such a sense of depth, sacredness, seriousness, and timelessness in the venerable Roman Rite. The use of Gregorian chant, the single greatest corpus of melodies in Western music, contributes in a particularly powerful way to the overall beauty of the rite.	La liturgia occidental tradicional se ha desarrollado a lo largo de tres milenios (si incluimos los antecedentes judíos); ha sido recibida, adornada, rezada y transmitida por innumerables almas santas. Es por ello que en el venerable rito romano experimentamos tal sentido de profundidad, sacralidad, seriedad y atemporalidad. El uso del canto gregoriano, que es el más grande corpus melódico de la música occidental, contribuye de

	manera particularmente poderosa a la belleza general del rito.
The Benedictines have many mottoes. One of them is <i>Deo optimo maximo</i>, “To God the greatest and best.” The one who is the greatest and best deserves the greatest and best. When we expend time, effort, money, artistry, on cultivating the beautiful, we show that we are ready to give our best to God, and in doing so, we are also doing the best thing for ourselves, made in His image. He deserves beauty. We hunger for beauty and are nourished by it.	Los benedictinos tienen muchos lemas. Uno de ellos es <i>Deo optimo maximo</i>, «A Dios, el mejor y el más grande». Pues bien, Aquel que es el mejor y el más grande merece lo mejor y lo más grande. Cuando dedicamos tiempo, esfuerzo, dinero y talento y empeño artístico a cultivar lo bello, demostramos que estamos dispuestos a darle a Dios lo mejor de nosotros mismos, y, al hacerlo así, también hacemos lo mejor para nosotros mismos, que hemos sido creados a su imagen y semejanza. El merece la belleza. Y nosotros anhelamos la belleza y nos nutrimos de ella.
When I was living in Austria for seven and a half years, one of the things that struck me the most was how effectively the Church in Europe had harnessed the power of the fine arts as tools of catechesis, devotion, and mysticism. She preached through the music, the paintings, the sculptures, the majestic churches, the sanctuaries with their towering altars. So much of the Faith was “encoded” in the artworks, it made verbose and tedious explanations unnecessary.	Cuando viví en Austria, durante siete años y medio, una de las cosas que más me llamó la atención fue la eficacia con la que la Iglesia en Europa había aprovechado el poder de las bellas artes como herramientas de catequesis, devoción y misticismo. La Iglesia predicaba a través de la música, las pinturas, las esculturas, las iglesias majestuosas, los santuarios con sus altares imponentes. Gran parte de la fe estaba «codificada» en las obras de arte, lo que hacía innecesarias las explicaciones verbosas y tediosas.
In the twentieth century, a new wave of rationalism swept through the Church, a belief that the most important way to transmit the Faith was to <i>talk</i> about it—and to make people talk back. Proponents of this view thought the faithful would become more serious and mature Christians if only what these rationalists regarded as the distracting “clutter” of the visual and musical heritage of the Church could be cleared away. Instead of breathtaking architecture and elaborate sanctuaries, sublime polyphony and otherworldly chant, the 1960s reformers advocated clean, empty spaces and songs written in a popular style that had nothing transcendent about it.	En el siglo XX, por la Iglesia se extendió una nueva ola de racionalismo con la creencia de que la manera más importante de transmitir la fe era <i>hablar</i> de ella y hacer que las personas respondieran. Los defensores de esta opinión pensaban que los fieles se convertirían en cristianos más serios y maduros si se erradicaba todo lo que estos racionalistas consideraban que era como el «desorden» distractor de la herencia visual y musical de la Iglesia. En lugar de una arquitectura impresionante y santuarios elaborados, una polifonía sublime y cantos de otro mundo, los reformadores de la década de 1960 abogaban por espacios visualmente despejados y vacíos y por canciones escritas en un estilo popular que no tenía nada de trascendente.
The result was an enormous vacuum of beauty—a kind of “real absence” instead of real presence. I think the loss of faith in the Real Presence of Our Lord in the Holy Eucharist was partly precipitated by this catastrophic loss of beauty in churches and in the liturgy. The outward signs were no longer pointing to this mystery and crying out (or whispering), “Behold, the Lamb of God! Bow	El resultado fue un enorme vacío de belleza, una especie de «ausencia real» en lugar de presencia real. Creo que la pérdida de la fe en la Presencia Real de Nuestro Señor en la Sagrada Eucaristía vino precipitada, en parte, debido a esta catastrófica pérdida de belleza en las iglesias y en la liturgia. Los signos externos ya no apuntaban a este misterio, y no gritaban (ni susurraban): «¡He aquí el

down before Him, before the one who is worthy of everything we can possibly give Him.”	Cordero de Dios! Inclinaos ante Él, ante El que es digno de todo lo que podamos darle».
When God commanded the building of the tabernacle in the Old Covenant, He showed the pattern of it in fine detail, demanding the most expensive materials. When Our Lord wished to give Himself most intimately to His disciples, He used bread and wine, in the midst of a highly structured religious ritual conducted in a well-furnished upper room. The Jewish liturgy in temple and synagogue always followed the same plan and so did its fulfillment, Christian liturgy, animated by the miracle of the Son of God Himself taking on flesh and blood. The Catholic Faith, with the power of the Incarnation behind it, developed the richest culture of beauty the world has ever known—all in the service of pointing beyond itself, to God.	Cuando Dios ordenó la construcción del tabernáculo en la Antigua Alianza, mostró su modelo con todo detalle, exigiendo los materiales más costosos. Cuando Nuestro Señor quiso entregarse a sus discípulos más íntimamente que nunca, utilizó el pan y el vino en medio de un ritual religioso muy estructurado que se celebraba en un cenáculo bien amueblado. La liturgia judía en el templo y en la sinagoga siempre siguió el mismo plan, y lo mismo hizo su plenitud, la liturgia cristiana, animada por el milagro del Hijo de Dios hecho carne y sangre. La fe católica, con el poder de la Encarnación que trajo consigo, desarrolló la cultura más rica en belleza que el mundo haya conocido jamás, todo ello al servicio de señalar más allá de sí misma, hacia Dios.
Beautiful Catholic churches, art forms, and liturgies invite believers to deeper conversion, and influence those who are non-Catholics or fallen away Catholics to be potential converts. A major proponent of Catholic sacred art today, David Clayton, traces his initial interest in Catholicism to his first experience of a solemn Mass at the London Oratory. The massive architecture, the moving polyphony sung by the choir, the elaborate liturgical ceremonies, the bearing of the ministers and congregation, all conspired to haunt his soul with the message: “There is something more, infinitely more, than you have yet made room for in your life. Open yourself to it.”	Las bellísimas iglesias católicas, las bellísimas formas artísticas y las bellísimas liturgias invitan a los creyentes a una conversión más profunda e influyen en los no católicos o en los católicos alejados de la fe para que se conviertan. David Clayton, uno de los principales defensores del arte sacro católico actual, remonta su interés inicial por el catolicismo a su primera experiencia de una misa solemne en el Oratorio de Londres. La arquitectura imponente, la conmovedora polifonía del coro, las elaboradas ceremonias litúrgicas, el proceder de los ministros y la congregación... parece que todo ello se confabuló para impregnar su alma con el mensaje: «Hay algo más, infinitamente más, que todo aquello que has concebido previamente en tu vida. Ábrete a ello».
I have met many people over the years who were drawn to the Catholic Church by attending a solemn Latin Mass or hearing the Gregorian chant—the same things Clayton experienced that day. How could we be surprised at this? Divine Providence was obviously not uninvolved in the slow development of the beauty of the liturgy. The Lord endowed it with a magnetic power to attract souls—to elevate and comfort souls who already believe, and to awaken and convict souls who do not yet believe.	A lo largo de los años he conocido a muchas personas que se sintieron atraídas a la Iglesia católica al asistir a una misa solemne en latín o al escuchar el canto gregoriano; lo mismo que le sucedió a Clayton aquel día. ¿Y cómo podría esto sorprendernos? Es evidente que la Divina Providencia no ha estado ajena al lento desarrollo de la belleza de la liturgia. El Señor la ha dotado de un poder magnético para atraer a las almas, para elevar y reconfortar a las que ya creen, y para despertar y convencer a las que aún no creen.

All this has serious implications for home life, too. As a child grows in the family, his parents have the serious obligation to train him or her in a love of the beautiful by reading good stories, playing good music, putting up good artwork, making art and music together, assigning poetry to be memorized, and, as the crown jewel, attending liturgy that is outwardly beautiful. All these things are part of a subtle and pervasive education of taste, sensibility, instinct, and intuition. When we are brought up with beauty, we have a sense of propriety, respect, nobility, dignity.	Todo esto tiene importantes implicaciones también para la vida familiar. A medida que un niño crece en el seno de la familia, sus padres tienen la grave obligación de educarlo y formarlo en el amor por lo bello, leyéndole buenos cuentos, poniendo buena música, colocando en su entorno obras de arte buenas, creando juntos arte y música, brindándole poemas para que los memorice y, como colofón, asistiendo a una liturgia que sea bella sensiblemente. Todas estas cosas forman parte de una educación sutil y que transforma y afina el gusto, la sensibilidad, el instinto y la intuición. Cuando se nos educa en la belleza, adquirimos un sentido de lo correcto y apropiado, el respeto, la nobleza y la dignidad.
As Roy Peachey says: “The derogation of beauty is not simply an aesthetic mistake: it creates a deep wound in civilization, a wound that could not readily be healed. When society ignores, dismisses, or disparages beauty, it cuts itself off from reality itself.”	Como dice Roy Peachey: «La derogación de la belleza no es simplemente un error estético: crea una profunda herida en la civilización, una herida que no se puede curar fácilmente. Cuando la sociedad ignora, desestima la belleza, se aleja de la realidad misma».
Beauty has two dimensions: the outward (“on the surface”) and the inward (“in the depths”). A great work of art, like Chartres cathedral, has both dimensions: an immediate “dazzle” of resplendent appearances, as well as a sophisticated geometrical, cosmological, and theological plan that becomes apparent only to the patient, attentive contemplator. The traditional Latin Mass has both of these dimensions: the outer beauty for the five senses, the inner beauty for the mind and heart.	La belleza tiene dos dimensiones: la exterior («en la superficie») y la interior («en las profundidades»). Una gran obra de arte, como la catedral de Chartres, tiene ambas dimensiones: un «deslumbramiento» inmediato de manifestaciones resplandecientes, así como un sofisticado orden geométrico, cosmológico y teológico que solo se hace evidente para el contemplador paciente y atento. La misa romana tradicional también tiene ambas dimensiones: la belleza exterior para los cinco sentidos y la belleza interior para la mente y el corazón.
For example, it offers to our sight the vision of a priest oriented to the East, caught up in prayer, wearing a glistening chasuble adorned with symbols, and the orderly motions of ministers serving the Lord like angels around His throne. It offers to our hearing the comforting rise and fall of unvarying Latin phrases, impressively ancient like words etched on a Roman monument, familiar as the sound of a favorite poem, and, at chosen moments, given wings to soar by the incomparable melodies of Gregorian chant; even the silences call out to the ear of the heart and bid it listen well to the Word as He leaps down from His heavenly throne to dwell amongst us.	Por ejemplo, la misa romana tradicional ofrece a nuestra vista la imagen de un sacerdote orientado hacia el este, absorto en la oración, vestido con una casulla reluciente ornamentada con símbolos, y los movimientos ordenados de los ministros que sirven al Señor como ángeles alrededor de su trono. La misa romana tradicional ofrece a nuestro oído el reconfortante concurrir de frases latinas que no cambian, sorprendentemente antiguas como palabras labradas en un monumento romano, familiares como el sonido de un poema favorito y, en momentos elegidos, con las alas para elevarse que le dan las incomparables melodías del canto gregoriano; incluso los silencios resuenan en el oído del corazón y le invitan a escuchar bien la

	Palabra que descende de Su trono celestial para morar entre nosotros.
It offers to our smell the perfume of incense, billowing up in the sanctuary like prayers carried by the hands of angels, floating outward to permeate our hair and clothes. With so much more kneeling, it offers to our touch the solid humility of knees on kneelers and arms on pews, culminating in the supremely fitting gesture of falling to our knees for Communion, with our hands folded helplessly, with head tilted back, and with our tongue privileged to receive the bread of angels.	La misa romana tradicional ofrece a nuestro olfato el perfume del incienso, que asciende por el santuario como oraciones llevadas por las manos de los ángeles, y se irradia a todas partes empapando nuestro cabello y nuestra ropa. Con muchos más tiempo de estar arrodillados, la misa romana tradicional ofrece a nuestro tacto la sólida humildad de las rodillas sobre los reclinatorios y de los brazos sobre los bancos, culminando en el gesto sumamente elocuente de caer de rodillas para comulgar, con nuestras manos juntas e impotentes, nuestra cabeza inclinada hacia atrás y nuestra lengua dichosa por el privilegio de poder recibir el pan de los ángeles.
The traditional Mass teaches profound mysteries by a deft use of the full panoply of the means of communication. For many people, a “collision” with it is the beginning of a revival of their faith or an awakening of faith for the first time. An American Catholic writes about his experience in these words: “Kneeling before the high altar, I understood something of the majesty and kingship of Jesus Christ, as the priest, wearing the old vestments, moved towards the high altar, interceding on our behalf to God, begging for mercy... I understood for the first time the intercessory role of the priest....	La misa romana tradicional revela misterios profundos mediante un uso sabio de todas las formas de comunicación. Para muchas personas, el «toparse» con ella supone el inicio de un renacer en su fe o incluso el despertar de la fe por primera vez. Un católico estadounidense describe con estas palabras su experiencia la primera vez que asistió a la misa tradicional: «Arrodillado ante el altar mayor, comprendí algo de la majestad y la realeza de Jesucristo, mientras el sacerdote, vestido con las antiguas vestiduras, se acercaba al altar mayor, intercediendo por nosotros ante Dios, suplicando misericordia... Comprendí por primera vez el papel intercesor del sacerdote.»
“Beauty is what came to strike my heart at the first TLM; ‘where has beauty been all of these years?’... It was particularly the melismatic chants that immersed me in the ethereal... I could only conclude that I was in the proximity of Beauty Himself. This was something that I intuitively understood by <i>experiencing</i> God in the Latin Mass. It was only later that I began to read and study and understand more of what was happening.”	«En mi primera misa tradicional, lo que me impactó fue la belleza: “¿Dónde ha estado la belleza todos estos años?”... Especialmente fueron los cantos melismáticos (cantos en los que se cantan varias notas en una sola sílaba, generando un efecto sonoro fluido y ornamentado) los que me sumergieron en lo etéreo... Solo pude concluir que me encontraba en presencia de la Belleza misma. Esto yo lo comprendí intuitivamente al <i>tener la experiencia de Dios</i> en la misa romana tradicional. Solo más tarde empecé a leer y a estudiar y a comprender mejor lo que estaba sucediendo».
The brilliant Italian poet and founder of Una Voce in Italy, Cristina Campo, observes: “The immutability of the true rite and all traditions was willed by God precisely so that in that cosmic, infallible return of figures we might proceed each day a little further into the unfathomable complexity of their meanings: that which will never allow itself to be expressed in rational concepts, but	La brillante poeta italiana y fundadora de Una Voce en Italia, Cristina Campo, observa: «La inmutabilidad del rito verdadero y de todas las tradiciones fue querida por Dios precisamente para que, en esa rememoración cósmica e infalible de las figuras, pudiéramos avanzar cada día un poquito más en la insondable complejidad de sus significados: aquello que nunca se dejará expresar

only to be indicated, alluded to in divinely ordained gestures, sounds, symbols.... [These include] the flames, the incense, the tragic vestments, the majesty of the gestures and faces, the rubato of the songs, the steps, the words, the silences—the whole vivid, luminous, rhythmic symbolic cosmos that never stops pointing, alluding, referring to a celestial double whose mere shadow on earth it is.”	en conceptos racionales, sino solo indicar, aludir en gestos, sonidos, símbolos... ordenados a la Divinidad... [Entre ellos se incluyen] las velas, el incienso, las vestimentas solemnes, la majestuosidad de los gestos y los rostros, el resonar de los cantos, los pasos, las palabras, los silencios... todo el cosmos simbólico, vivo, luminoso y rítmico que nunca deja de apuntar, aludir, referirse a una realidad celestial de la que la liturgia no es sino una sombra en la tierra».
The traditional Mass—especially in the full splendor of the Solemn Mass and the Pontifical Mass—is truly, no doubt about it, “the most beautiful thing this side of heaven,” this side of the “celestial double whose mere shadow on earth it is.” You have to <i>see</i> this bright shadow to fall in love; and you have to <i>love</i> it to see it fully, and to begin to see <i>through</i> it and <i>beyond</i> it. Sight gives rise to love, and love feeds upon further sight, in an endless upward spiral that culminates in a vision we call beatific.	La misa tradicional —especialmente en su pleno esplendor de la misa solemne y de la misa pontifical— es, verdaderamente y sin duda alguna, «lo más bello que hay en este lado del Cielo»; la misa tradicional «no es sino una sombra en la tierra de la realidad celestial». Uno tiene que <i>ver</i> esta sombra brillante para enamorarse de ella, y tiene que <i>amarla</i> para poder verla plenamente y para empezar a ver <i>a través de</i> ella y <i>más allá</i> de ella. La vista acrecienta el amor, y el amor se alimenta de una visión cada vez más profunda, en una espiral ascendente sin fin que culmina en una visión que llamamos beatífica.
I am therefore not at all surprised about two notable facts. First, the internet is overflowing with photographs and movies of the traditional Mass. Its obvious beauty is lost on no one. Second, there has been a flood of new publications that delve into its history, form, theology, and symbolism. “Only the lover sings,” said St. Augustine—and apparently, at least in our times, the lover photographs and writes a lot too!	Por todo esto, no me sorprenden en absoluto dos hechos notables. El primero es el hecho de que Internet está repleto de fotografías y vídeos de la misa tradicional. Su evidente belleza no pasa desapercibida para nadie. El segundo es el hecho de que en los últimos años ha habido una avalancha de nuevas publicaciones que ahondan en su historia, forma, teología y simbolismo. «Solo el que ama puede cantar», dijo san Agustín; y, por lo que se ve, al menos en nuestros tiempos, ¡los que aman, además de cantar, también hacen muchas fotografías y escriben muchas cosas!
But where does this tremendous beauty come from? What is it all about? The deepest source of the beauty of the old rite is its simultaneously outward and inward reflection of <i>Christ Himself</i>. Every prayer, every reading, every antiphon, every gesture and ceremony, is about <i>Him</i>, is directed to <i>His worship</i>. For over a thousand years, the liturgical allegorists of the West lovingly pondered the Mass as the “moving image of eternity”; as a moving image of salvation history, which shows the eternal and the divine intersecting with and impregnating the temporal and the human. In short: the Mass is the most beautiful thing this side of heaven because it is <i>the principal icon of Christ</i>.	Pero, ¿de dónde procede esta inconmensurable belleza? ¿De qué se trata? La fuente más profunda de la belleza del antiguo rito es su reflejo, exterior e interior al mismo tiempo, de <i>Cristo mismo</i>. Cada oración, cada lectura, cada antífona, cada gesto y cada ceremonia tratan sobre <i>Él</i>, están dirigidos a <i>su adoración</i>. Durante más de mil años, los alegoristas litúrgicos de Occidente meditaron amorosamente sobre la misa como «imagen en movimiento de la eternidad», como una imagen en movimiento de la Historia de la salvación, que muestra lo eterno y lo divino entrecruzándose con lo temporal y lo humano e impregnándolo. En resumen: la misa es lo más bello que hay en este lado del Cielo porque es <i>el icono principal de Cristo</i>.

As Fr. Claude Barthe explains in his book <i>Forest of Symbols</i>, our ancestors of every century perceived “a link between the unfolding of the Mass and the history of salvation: the Mass represents the mission of Jesus Christ, from the proclamation of his arrival on earth—to which the Introit corresponds, sung by the choir, who in their turn represent the choir of prophets who foretold Christ’s arrival—up to his Ascension, to which corresponds the <i>Ite missa est</i>, the dismissal of the faithful...with which those assisting at the Mass are dismissed just as Christ dismissed his apostles on the Mount of Olives.”	Como explica el padre Claude Barthe en su libro <i>Bosque de símbolos</i>, nuestros antepasados de todos los siglos percibían «un vínculo entre el desarrollo de la misa y la historia de la salvación: la misa representa la misión de Jesucristo, desde el anuncio de su llegada a la tierra —al que corresponde el introito, cantado por el coro, que a su vez representa al coro de los profetas que anunciaron la llegada de Cristo— hasta su Ascensión, a la que corresponde el <i>Ite missa est</i> y la despedida de los fieles con la que se despide de los asistentes a la misa tal y como Cristo se despidió de sus apóstoles en el Monte de los Olivos».
Let me offer a couple of examples of how this so-called “allegorical explanation” of the Mass, which has its roots primarily in three books of the Bible—the Gospel of John, the Apocalypse of John, and the Epistle to the Hebrews—illuminates the meaning of what we see unfolding before us with our bodily senses.	Permítanme ofrecerles un par de ejemplos de cómo esta así llamada «explicación alegórica» de la misa, que tiene sus raíces principalmente en tres libros de la Biblia —el Evangelio de San Juan, el Apocalipsis de San Juan y la Epístola a los Hebreos— ilumina el significado de lo que vemos desarrollarse ante nosotros con nuestros sentidos corporales.
First, in regard to why there are three major ministers in the solemn Mass, Fr. Barthe says: “The special characteristic of a solemn Mass is that it revolves around the actions of three sacred ministers: the priest, the deacon, and the subdeacon.... The three ministers of the solemn Mass all represent the same Jesus Christ in three different states: yesterday, today, and world without end.	En primer lugar, en cuanto a por qué hay tres ministros principales en la misa solemne, el padre Barthe dice: «La característica especial de una misa solemne es que se desarrolla en torno a las acciones de tres ministros sagrados: el sacerdote, el diácono y el subdiácono. Los tres ministros de la misa solemne representan al mismo Jesucristo en tres estados diferentes: ayer, hoy y por los siglos de los siglos.
“The subdeacon represents the Old Testament, Jesus Christ yesterday, who was proclaimed partly in the sayings of the prophets, and partly in figures by the saintly individuals who preceded his coming. As is appropriate, the subdeacon always occupies the lowest rank, that of incompleteness.... The deacon represents the New Testament, Jesus Christ today, proclaimed in his fullness by the apostles and their successors, the bishops, who are the propagators of the Gospel...	«El subdiácono representa el Antiguo Testamento, Jesucristo ayer, que fue anunciado en parte en las palabras de los profetas y en parte en figuras por los santos que le precedieron. Como es lógico, el subdiácono ocupa siempre el rango más bajo, el de la incompletitud... El diácono representa el Nuevo Testamento, Jesucristo hoy, anunciado en su plenitud por los apóstoles y sus sucesores, los obispos, que son los difusores del Evangelio...»
“The celebrant himself is most fully identified with Jesus Christ today and world without end, as he presently is and always will be, in glory in heaven. The celebrant is the instrument and the representative of Christ glorious and victorious, the Christ who makes himself really present on the altar in the elements of bread and wine in order to accomplish there his sacrifice for the remission of sins and to the glory of his Father.”	Y, en fin, «el celebrante se identifica plenamente con Jesucristo hoy y por los siglos de los siglos, tal como Él es y será siempre, en la gloria del cielo. El celebrante es el instrumento y el representante de Cristo glorioso y victorioso, el Cristo que se hace realmente presente en el altar en los elementos del pan y del vino para realizar allí su sacrificio para la remisión de los pecados y para la gloria de su Padre.»

Thus the ancient Roman Mass shows itself to be a magnificent icon of the Christ who was promised of old to Israel, the Christ who came among us on earth and founded the Church, and the Christ who lives eternally to make intercession for us at the right hand of the Father. And, as a matter of fact, <i>every</i> action, <i>every</i> gesture, <i>every</i> word of the traditional rite has lessons like this to teach us!	Así, la antigua misa romana se muestra como un magnífico icono de Cristo, el Cristo que le fue prometido desde antiguo a Israel, el Cristo que vino a habitar entre nosotros en la tierra y fundó la Iglesia, y el Cristo que vive eternamente para interceder por nosotros a la derecha del Padre. Y es que, de hecho, <i>cada</i> acción, <i>cada</i> gesto, <i>cada</i> palabra del rito tradicional tiene lecciones como estas que enseñarnos.
To take another example: the traditional rite's elaborate Offertory perfectly reflects one of the pivotal aspects of the life of Christ, namely, the sacrificial mode in which he lived and moved and had his being, so that he was already preparing to offer Himself and beginning to offer Himself at various moments in His life—at the Incarnation, at the Circumcision, in the Garden of Gethsemane—as a prelude to the supreme offering on the Cross, in which he obtained the full redemption of the human race and opened the gates of heaven. Christ Himself anticipated His Passion more than once, and so too does the venerable Roman Rite.	Por poner otro ejemplo: el elaborado Ofertorio del rito tradicional refleja perfectamente uno de los aspectos fundamentales de la vida de Cristo, a saber, el modo sacrificial en el que Jesucristo vivió, se movió y existió, de tal manera que en diversos momentos de su vida —en la Encarnación, en la Circuncisión, en el Huerto de los Olivos— ya se estaba preparando para ofrecerse a sí mismo, y estaba comenzando a ofrecerse como prelude de la ofrenda suprema en la Cruz, en la que obtuvo la redención completa del género humano y abrió las puertas del cielo. Cristo mismo anticipó Su Pasión más de una vez, y lo mismo hace el venerable rito romano.
When certain liturgists of the last century objected to the “anticipation” of sacrifice in the traditional Offertory, they showed that they had entirely failed to “read” the rite against the backdrop of salvation history and the life of Christ; in other words, they had stopped using the key of symbolism to unlock the door of liturgy.	Cuando algunos liturgistas del siglo pasado se opusieron a la «anticipación» del sacrificio en el ofertorio tradicional, demostraron que no habían «leído» en absoluto el rito dentro del contexto de la historia de la salvación y la vida de Cristo; en otras palabras, habían dejado de utilizar la clave del simbolismo para abrir la puerta de la liturgia.
If we would understand the liturgical heritage of the Church, we must take up this key once again, and use it well, on every lock we find, even as our ancestors did—not only the intellectuals among them, but illiterate peasant farmers who had been instructed by stained glass, by homilies, by popular songs, by private devotions, to recognize the constant interplay between symbol and truth. We might say: Christians throughout history, until the Protestant revolt, lived in a world saturated with icons or images constantly pointing to the mysteries of the Christian faith.	Si queremos comprender el patrimonio litúrgico de la Iglesia, debemos volver a tomar esta clave, esta llave, y utilizarla bien, en todas las cerraduras que encontremos, tal y como hicieron nuestros antepasados, y no solo los intelectuales, sino también los campesinos analfabetos a los que las vidrieras, las homilías, los cantos populares y las devociones privadas les habían enseñado a reconocer la constante interacción entre el símbolo y la verdad. Podríamos decir que, durante toda su Historia, y hasta la revuelta protestante, los cristianos vivían en un mundo lleno de iconos o imágenes que apuntaban constantemente a los misterios de la fe cristiana.
This is why any attack on a traditional liturgy of the Church is a form of iconoclasm no less than the ancient Byzantine emperors' attack on religious images or the sixteenth-century Protestants' attack on statues, windows, choir stalls, vestments, and vessels. Both of those were born of clumsy scriptural exegesis that branded as idolatry the	Por todo esto, cualquier ataque a la liturgia tradicional de la Iglesia es una forma de iconoclasia, al igual que lo fueron el ataque de los antiguos emperadores bizantinos a las imágenes religiosas o el ataque de los protestantes del siglo XVI a las estatuas, las vidrieras, los coros, las vestimentas y los vasos litúrgicos. Estos dos

honoring of images that bring to mind their originals.	ataques, el de los bizantinos y el de los protestantes, nacieron de una interpretación de las Escrituras torpe, que tachaba de idolatría el culto a las imágenes que traen a la mente a sus originales.
All three waves of iconoclasm or image-destruction—Byzantine, Protestant, and modern—are based on a misconception of the relationships between the external and the internal, the sensible and the spiritual; they are also based on a fundamental rejection of the concept of tradition, that is, we ought to receive, in its entirety, what has been handed down by the unanimous consent of the Church.	Las tres oleadas de iconoclasia o destrucción de imágenes —la bizantina, la protestante y la moderna— se basan en una concepción errónea de las relaciones entre lo externo y lo interno, entre lo sensible y lo espiritual; se basan también en un rechazo fundamental del concepto de tradición, por la cual debemos recibir en su totalidad todo aquello que se nos ha transmitido por el sentir unánime de la Iglesia.
Ultimately, such an attack on the image is an attack on God Incarnate, supreme Beauty made flesh, whose attributes are reflected in church buildings, in icons, in the liturgical rites themselves. Even as the veneration given to an icon passes on to its archetype (thus avoiding any hint of idolatry), the one who defaces God’s image defaces—or, at least, tries to deface—God. This is true of the human person, the primordial icon presupposed to the Incarnation; it is true of the icons fashioned to make present to us persons transfigured by grace and glory; and it is true of the most beautiful thing this side of heaven: the liturgy handed down by tradition.	En última instancia, tal ataque a la imagen es un ataque a Dios encarnado, a la Belleza suprema hecha carne, cuyos atributos se reflejan en los edificios de la Iglesia, en los iconos, en los propios ritos litúrgicos. De la misma manera en que la veneración que se da a un icono se transmite a su arquetipo (evitándose así cualquier atisbo de idolatría), quien desfigura la imagen de Dios desfigura, o al menos intenta desfigurar, a Dios mismo. Esto es cierto para la persona humana, icono primordial que presupone la Encarnación; es cierto para los iconos creados para hacer presentes entre nosotros a personas transfiguradas por la gracia y la gloria; y es cierto para lo más bello que hay a este lado del Cielo: la liturgia transmitida por la tradición.
[<i>Suprimido para abreviar</i>] An icon images forth the person depicted, and the homage is given to the person. The liturgy is Christ communicated to and communicating with us—and the homage we give to it is given to the One it communicates. This view is based on the belief, once common among Catholics, that the liturgy is <i>itself</i> a divine gift.	[<i>Suprimido para abreviar</i>] Un icono representa a la persona a la que retrata, y el homenaje se le rinde a la persona misma, no al icono. La liturgia es Cristo comunicado a nosotros y comunicándose con nosotros, y el homenaje que rendimos a la liturgia se lo estamos rindiendo a Aquel que se nos comunica a través de ella. Esta visión se basa en la creencia, antaño común entre los católicos, de que la liturgia es <i>en sí misma</i> un don divino.
It is consoling to know that even the horrible persecution of Byzantine icon-lovers lasted only for a time, and then disappeared from the East forever. Martin Mosebach writes: “As the example of Byzantine iconoclasm shows us, a hundred years is a relatively short time to overcome this kind of sickness. Until this happens, what we need, as was shown in the resistance offered by the Byzantine Church, is utterly resolute priests and monks to keep the tradition alive. In Byzantium, after vast destruction, the holy images were victorious. Resolute monks had taken some of the icons and hidden them. We, too, need many resolute priests	Es consolador saber que incluso la horrible persecución de los amantes de los iconos bizantinos duró solo un tiempo, y luego desapareció de Oriente para siempre. Martin Mosebach escribe: «Como nos muestra el ejemplo de la iconoclasia bizantina, cien años es un tiempo relativamente corto para superar este tipo de enfermedad. Hasta que esto suceda, lo que necesitamos, como demostró la resistencia ofrecida por la Iglesia bizantina, son sacerdotes y monjes completamente decididos a mantener viva la tradición. En Bizancio, después de una gran destrucción, las imágenes sagradas salieron victoriosas. Monjes

who will guard and keep for us the sacred rite of the Incarnation.”	decididos habían tomado algunos de los iconos y los habían escondido. También nosotros necesitamos muchos sacerdotes decididos que guarden y conserven para nosotros el rito sagrado de la Encarnación».
Beauty is God’s first, last, and most effective messenger. We learn that the world is good and orderly because of the beauty of nature that we experience sensually and that we come to understand, only later, intellectually. And just as we see the inner beauty of the human person most of all in the great works of human art, so we come to know the personal God through His divine works of art, of which one of the greatest is certainly the Classical Roman Rite. What a privilege to be among those to whom the Lord has shown the beauty of His face in its reflection on this icon. To Him be glory and honor, world without end, Amen.	La belleza es el primero, el último y el más eficaz mensajero de Dios. Los hombres aprendemos que el mundo es bueno y ordenado gracias a la belleza de la naturaleza, una belleza que nosotros experimentamos a través de nuestros sentidos, y que solo más tarde llegamos a comprender intelectualmente. Y de la misma manera en que nosotros vemos la belleza interior del ser humano sobre todo en las grandes obras del arte humano, también llegamos a conocer al Dios personal a través del hacer artístico de Dios, a través de su creación y de sus obras artísticas más bellas; de las cuales una de las más grandes es, sin duda, el rito romano clásico. Qué privilegio estar entre aquellos a quienes el Señor ha mostrado la belleza de Su rostro reflejada en este icono. A Él sea la gloria y el honor, por los siglos de los siglos. Amén.
Thank you for your kind attention.	Gracias por su amable atención.

(Traducción de Virginia Santos Pérez y César Sánchez Canencia)